

DE lo humano y lo divino en la literatura medieval:
SANTOS, ÁNGELES Y DEMONIOS

© JUAN PAREDES (ED).

© LOS AUTORES de sus textos.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

DE LO HUMANO Y LO DIVINO EN LA LITERATURA
MEDIEVAL: SANTOS, ÁNGELES Y DEMONIOS.

ISBN: 978-84-338-5389-9.

Depósito legal: GR./ 1.286-2012.

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Fotocomposición: TADIGRA S. L. Granada.

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.

Ilustración de portada: Apocalipsis. Bibliothèque Nationale
de France. Ms. François 403

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repogrdficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

LA irrupción de lo sobrenatural en la novela CONTEMPORÁNEA DE TEMA MEDIEVAL:

El caso del Cid Campeador

Antonio Huertas Morales

Universitat de València

El período que comprende desde los últimos años del reinado de Fernando I hasta la muerte de su hijo, Alfonso VI, ha sido recreado en múltiples ocasiones por la novela histórica, que, sin dejar de lado los enfrentamientos entre los descendientes del *imperator* Fernando, suele focalizar su atención en la figura de Rodrigo Díaz, el Cid Campeador. Sin embargo, mientras que la tradición cronística, literaria y folclórica medieval presenta al héroe épico en su contacto con lo sobrenatural, la novela del siglo XIX, fuertemente influida por el positivismo y el racionalismo, optó por omitir aquellos pasajes que, por su carácter maravilloso, no tenían cabida en una reconstrucción que se pretendía histórica. Este tratamiento de la figura del Campeador ha continuado durante la novela histórica contemporánea, que, de la mano de la historiografía oficial, ha acentuado el rigor de los acontecimientos narrados. Sin embargo, el *boom* de lo medieval en la literatura contemporánea ha dado lugar a versiones imaginativas de la historia en las que los datos contrastables aparecen al mismo nivel que fabulaciones mágicas o fantásticas, y en las que el Cid también ha sido protagonista. A lo largo de las siguientes páginas se analizará la figura cidiana en su relación con lo sobrenatural en la narrativa histórica del siglo XIX y en las novelas contemporáneas, haciendo hincapié en la obra *Juglar* (2006), de Rafael Marín¹.

La obra más conocida sobre el héroe castellano, el *Poema de Mío Cid*, se caracteriza por la descripción «realista»² de sus gestas y hazañas. Tanto la

1. Aunque las presentes páginas se centran en la narrativa, no han sido escasas tampoco las obras teatrales centradas en la figura del Campeador, como *Cid Rodrigo de Vivar* (1862), de Fernández y González; *Las hijas del Cid* (1908), de Eduardo Marquina; *Anillos para una dama* (1973), de Antonio Gala; o *Doña Jimena* (2008), de Magdalena Lasala. Por su parte, la presencia del Cid en la poesía del siglo XX ya fue estudiada por Francisco Javier Díaz de Revenga, «El Poema de Mío Cid y su proyección artística posterior (ficción e imagen)», *Estudios Románicos*, 13-14 (2001-02), pp. 59-85.

2. Al respecto, pueden considerarse los matizaciones de Francisco Collado Rodríguez, «Realidad y fantasía en dos gestas medievales: del *Beowulf* al *Poema*

aparición del ángel Gabriel, que «a él vino en sueño» (w. 404-411), como las desmesuradas proezas de armas que el caudillo acomete con éxito y el episodio del león (w. 2278-2310), aunque extraordinarios, (o fantasiosos, o exagerados), no trascienden el ámbito de lo humano. Sin embargo, tanto en el romancero como en la tradición cronística y literaria, el Cid es protagonista de distintos acontecimientos que lo ponen en contacto con la divinidad y que muestran la trascendencia de su misión. Es el caso de la aparición de san Lázaro bajo forma de leproso mientras el Cid se halla de romería a Santiago, que lo informa del éxito que tendrán las empresas en las que se encuentre invadido por la «calentura» o «bafo»; de la venida de San Pedro para anunciarle al Cid el día de su muerte y el modo de vencer al rey Búcar; de la intervención de Santiago, a lomos de un caballo blanco y con una espada flameante en la batalla contra el rey de Marruecos; o del milagro que ocurrió cuando un judío intentó mesarle la barba al cadáver de Rodrigo, expuesto en San Pedro de Cardeña.

En la recuperación de la Edad Media llevada a cabo durante el siglo XIX, el Cid ocupa un lugar privilegiado. Portador de los valores de la patria, la gloria, el carácter del pueblo y el valor, sus gestas quedarán consignadas y fabuladas en *La conquista de Valencia por el Cid* (1831), de Estanislao Cosca y Vayo; *El Cid Campeador* (1851) y *Las hijas del Cid* (1854), de Antonio Trueba; *La Jura de Santa Gadea* (1865), de Vicente García y García; *El Cid Campeador* (1974), de Ramón Ortega y Frías; *Cid Rodríguez de Vivar* (1875) y *La jura de Santa Gadea* (1877), de Manuel Fernández y González.

En estas obras no faltan los recursos característicos del género, tales como la irrupción de apariciones fantasmales que no resultan ser tales, de personajes que crean desconcierto porque se los suponía muertos o de individuos marginales a los que se atribuye todo tipo de poderes. Siempre, eso sí, estos episodios aparecen filtrados por el racionalismo, tanto en la novela histórica romántica como en la novela histórica de aventuras o en la novela de aventuras históricas posteriores³. En palabras de Llosa (2006: 126), no hay explotación significativa de la magia, «sino más bien un acercamiento histórico a su fenómeno, con clara tendencia a la explicación racional; haciéndose eco de las leyendas y supersticiones, pero juzgándolas desde un evidente positivismo». Así, podremos encontrar al Cid haciendo

de Mio Cid», en *Simposio Internacional «El Cid en el valle del Jalón»*, Centro de Estudios Bilbilitanos-Institución Fernando el Católico, Calatayud, 1991, pp. 180-191.

3. Sigo la diferenciación de Ferreras (1978: 99-103).

burla de los miedos del fiel, aunque crédulo, Gil Díaz (De Cosca Vayo, 1831: 20-21):

— Dígotte, Gil, contestó el Cid, que tu sencillez frisa ya con la ignorancia. Ven acá, descomulgado y mal visto escudero: ¿quién te ha dicho a ti que toda esa máquina de fantasmas, vestiglos, trasgos y demás entes de ese jaez no son invenciones para poner miedo a las gentes sencillas y embaucar a los tontos? ¿No ves que la tal fábrica se levanta sobre los cimientos de la ignorancia y de la credulidad?

Tal racionalismo fijará la relación que la narrativa histórica va a mantener frente a las leyendas historiográficas de tinte sobrenatural. Y, aunque algún autor afirme que el lector hallará en sus novelas «la historia tal como la presentan las crónicas o las tradiciones orales, algo parafraseada para que resulte algo embellecida» (Trueba, 1859: 4), lo cierto es que se omite casi por completo cualquier relación del personaje con lo maravilloso sobrenatural⁴. De este modo, el lector encontrará referencias a la aparición del arcángel Gabriel, admisible porque corresponde a lo onírico (Trueba, 1859: 37-38; Ortega, 1874: vol. II, cap VII), pero sólo Ortega (vol II: 126-127) hace una breve referencia a lo que aconteció al judío, («Cuéntase que un judío quiso tocar la barba...») y de que «durante algunos siglos se ha creído que en casos de guerra de cualquiera nación con España producíase ruido como de armas en el interior de la sepultura de Rodrigo de Vivar». Por su parte, Fernández y González (1975: cap. XVIII) relata un cuestionable milagro de la Virgen en un trance apurado en el que se ve el Cid: encomendándose a la Santa Madre, se desata una terrible tempestad que confunde a los enemigos y le permite salvar la vida. El lector decidirá si cree al Cid, al que la fe no le permite dudar de la intervención divina, pero el narrador no la confirma en ningún momento.

Callados los episodios sobrenaturales de la tradición medieval, el carácter único y glorioso de las gestas cidianas va a quedar limitado, tanto en estas

4. Lo «maravilloso sobrenatural consiste en la postulación *como parte de la realidad*, aunque esa realidad no sea la cotidiana, de una serie de seres habitualmente considerados como extra o sobrenaturales, y de una serie de leyes físicas, biológicas, cósmicas, etc., no codificadas por la ciencia al levantar el repertorio de las que gobiernan el mundo. La percepción de esos seres extraordinarios y de esas leyes anómalas tiene lugar, en el ámbito de la narración fantástica, al mismo nivel al que se toma contacto con la realidad cotidiana, y, por tanto, esas aparentes anomalías del orden natural no son consideradas tales, sino únicamente una poción de dicho orden natural de la que la ciencia y la opinión pública habitualmente prescinden (Carnero (1973: 14).

obras como en las posteriores, al providencialismo, las premoniciones y a la presentación del Cid como un hombre con una misión, como si fuese un elegido que obedece a los designios trazados de antemano.

En cuanto a las premoniciones, muchas veces mediante agüeros o sueños, las novelas van a mostrar una doble vertiente. Por un lado, el alejamiento, la falta de fe en unas creencias que son consideradas como propias de aquellos tiempos de barbarie e ignorancia, «achaque de la época más bien que del carácter particular de aquellos esforzados caballeros» (Trueba, 1859: 14). La astrología, los agüeros y la adivinación no son más que el mal de una época: «todos nuestros personajes son supersticiosos; ¡achaques de aquellos tiempos! Entretanto, las estrellas calumniadas reverberan trémulas en el azul firmamento, ignorando el poder que se les suponía» (Fernández y González, 1961: 32).

Sin embargo, aunque el narrador no les conceda credibilidad, no por ello dejan de cumplirse. A pesar de las palabras de reprimenda que el obispo don Jerónimo dirige a los asistentes al otorgamiento de las hijas del Cid como esposas de los infantes de Carrión, exaltados por el vuelo de las cornejas, (Trueba, 1859: 259):

— ¡Señores! ¿Caballeros de ánimo esforzado y buenos cristianos se dejan dominar por supersticiones inventadas por el gentilismo y el miedo? ¡Duéleme en el corazón que así os mortifiquéis y ofendáis a Dios! Desechad supersticiosos temores, y creed que solo el Dios por cuya gloria derramamos todos los días nuestra sangre puede penetrar los misterios de lo porvenir.

el doble matrimonio tendrá el funesto fin que conocemos. El mismo valor profético tendrán las escabrosas visiones de Jimena tras la jura de Santa Gadea (Ortega, 1874: vol. I, cap. II), anticipadoras del destierro del Cid, o las palabras la moza burgalesa que le augurará el matrimonio de sus hijas con los herederos reales (Trueba, 1859: 468-69):

— Cid! Ha muchas noches que apenas el sueño cierra mis ojos, dulces ensueños vienen a halagarme: tales son los de que vuestros gentiles hijas se verán tan felices y honradas, que hijos de reyes casarán con ellas.

Las palabras de aquella mujer que el Cid y su mujer y sus hijas escuchaban con supersticioso interés, fueron ahogadas por una ruidosa gritería.

— La corneja diestra! la corneja diestra! gritaba alborozadamente el pueblo.

Y en efecto, una corneja de las que el vulgo tenía por e buen agüero revoloteaba á la sazón sobre la plaza.

El peligro de ignorar las maldiciones lo sufrirá en sus carnes el rey Sancho II, advertido por el Cid de «la maldición que llamó vuestro padre sobre la frente de aquel de sus hijos que osase quitar la herencia paterna a su hermano» (Trueba, 1859: 406), mientras que será doña Elvira la que perciba que entre Rodrigo y Jimena «había una predestinación; que el destino acabaría por unirlos, a pesar de todos los inconvenientes, por graves que fuesen que se opusiesen a su unión» (Fernández y González, 1975: 22).

Se cumple así el destino especial del Cid, cuyas gestas deben ser inscritas en las páginas de la Historia, pues pertenece a esa clase de hombres «que tienen que cumplir una misión, y no pueden morir hasta que la han cumplido» (Ortega, vol. I: 47), y que por ello pueden replicar al mismísimo monarca: «No es arrogancia, es fe, porque una voz secreta me dice que he nacido para cumplir una misión, y no moriré sin haberla cumplido» (Ortega, vol. II: 27).

De un modo paralelo a lo acontecido en el siglo XIX, en los últimos cincuenta años la presencia de Rodrigo Díaz en la narrativa española ha sido muy significativa, como muestran *El Cid* (1962), de Eduardo Luis Muntada; *El Cid, el último héroe* (1989) y *El caballero del Cid* (2000), de José Luis Olaizola, *El Cid* (2000), de José Luis Corral; *El señor de las dos religiones* (2005), de Juan José Hernández, *El caballero, la muñeca y el tesoro* (2005), de Juan Pedro Quiñonero; *Doña Jimena* (2006), de Magdalena Lasaña, *Juglar* (2006), de Rafael Marín, *Cid Campeador* (2008), de Eduardo Martínez Rico, obras a las que se podrían sumar *El enigma del Cid* (2010), de María José Luis, dirigida al público juvenil, y la reescritura del *Poema de Mio Cid* llevada a cabo por Antonio Orejudo, Luisgé Martín y Rafael Reig, en *¡Mio Cid!* (2007).

Frente a las novelas decimonónicas, las obras de las últimas décadas, siguiendo con el progreso de la historiografía, van a ajustarse a los acontecimientos oficiales de la vida de Rodrigo Díaz, pues ya en la segunda mitad del XIX algunos autores mostraban su interés por conocer al verdadero Cid, cuyo nacimiento y muerte «se hallan acompañados de fábulas, a cual más inverosímil y ridícula» (Malo de Molina, 1854: 146). De este modo, algunas de estas obras entrarán en diálogo con las visiones tradicionales y legendarias con el propósito de desmentirlas: Tras escuchar las hazañas de su marido en boca de los juglares, doña Jimena no puede más que pensar «¡Cuántas veces, y en tan importantes aspectos, faltan a la verdad, en beneficio de lo fabuloso y menoscabo de lo verdadero!», prefiriendo, «que los cantares se ajustasen a la verdad escueta, lisa y llana» (Muntada, 1962: 196).

La novela va desvinculándose así de la tradición y aproximándose a lo que se considera como realidad histórica, de modo que desaparecen casi totalmente leyendas como la pertenencia de Rodrigo Díaz al linaje de los jueces de Castilla; el engaño a Raquel e Vidas; la marcha del Cid hasta

París para oponerse a las pretensiones papales; la victoria de Rodrigo frente a cinco reyes musulmanes, cuyas coronas entregará al rey Alfonso VI; la ofensa del conde de Gormaz (o conde Lozano) y la posterior venganza del Cid —con la espada de Mudarra—; las bodas de las hijas del Campeador con los infantes de Carrión y la posterior la afrenta de Corpes, reparada mediante las Cortes de Toledo. El cénit de esta vertiente historiográfica será *El Cid* (2000), de José Luis Corral Lafuente.

Evidentemente, los episodios sobrenaturales continúan sin aparecer. Aunque los aldeanos crean que el Cid recibió la visita de San Rosendo, al ser preguntado por don Sisebuto, el castellano lo negará (Olaizola, 1989: 83): «—No, padre, esa especie la he oído de camino hacia aquí, y no me ha parecido oportuno desmentirla —admitió humilde Rodrigo Díaz». Incluso el sartal de la sultana Zobeida, al que se le atribuyen nefastos poderes, va a ser conjurado por la voluntad de Jimena (Martínez Rico, 2008: 207):

— Es precioso lo que lleva vida dentro de sí, y este ceñidor lleva la muerte.

— Pero a nosotros no nos alcanzará; estamos aquí para ser final y principio de todo. No he cumplido cincuenta y siete años, después de guerrear por toda España, ni he escapado a la muerte cientos de veces para que me mate la maldición de una joya.

— La joya no está maldita, Rodrigo; los que estamos malditos somos los hombres. La joya despierta lo que hay dentro de nosotros; la joya es inocente, nosotros no.

Como su antecedente decimonónica, la novela contemporánea sigue ofreciendo una visión predestinada del Cid, así como la inserción de sueños y visiones premonitorias que guiarán los pasos de los personajes. El Cid («distinto» por su especial centro gravitacional en las novelas de Olaizola) se dirigirá hacia Levante «porque el judío Elifaz, antes de morir, le había profetizado que su destino estaba por donde se levantaba el sol. Y el Campeador, aunque buen cristiano, tenía en mucho esa clase de augurios» (Olaizola, 2000: 68). El propio Alfonso sabe que Rodrigo Díaz es un ser especial (Martínez Rico: 97-98):

Alfonso consultaba adivinos, algunos mudéjares, hablaba continuamente con los monjes cluniacenses para conocer los designios del Altísimo, y, aunque no todos le decían la verdad, él sabía que el destino se había fijado en Rodrigo Díaz de Vivar. Que él podía ser el instrumento de Dios, o de la suerte, para mantener la península independiente de los moros. No era un hombre especialmente supersticioso, pero Alfonso

no paraba de recibir pruebas de que Rodrigo concitaba alguna clase de fuerza sobrenatural.

Y su destino estará ligado desde siempre al de Jimena Díaz, pues así lo verá la dama en sus sueños, tras haberle preguntado a la joya que le regaló Casilda (Lasala, 2006: 194):

En una de aquellas noches la joven Jimena había formulado su pregunta al ópalo de fuego que llevaba colgado al cuello y la piedra le había mostrado en su sueño el rostro del hombre que estaba en su destino: era Rodrigo Díaz. Al despertar había guardado la piedra, asustada.

Desde entonces, la imagen de Rodrigo había empezado a arderle por dentro con tal insistencia que Jimena pensó que podía llegar a enfermar de deseo.

Sin embargo, de modo paralelo a la línea historicista seguida por la narrativa histórica contemporánea, la Edad Media se ha convertido en el marco temporal otras formas narrativas híbridas que aúnan el relato del pasado con la fantasía, la magia o la ciencia ficción⁵, y la figura del Cid no podía eludir esta nueva óptica. De este modo, podremos encontrar a Rodrigo Díaz, caballero inexistente como el de Calvino, despertando de su sueño secular para, con la ayuda de una muñeca sin ojos y el niño designado por la leyenda, triunfar sobre una realidad deshumanizada (Quiñonero, 2005). O la propuesta de *Juglar* (2006)⁶, que se sitúa entre la novela histórica y la fantasía épica.

En la novela de Rafael Marín asistimos al relato de la vida de Esteban, supuesto autor del *Poema de Mío Cid*. Abandonado tras su nacimiento en el monasterio de Sopedrán, sus primeros pasos estarán asociados con el vino, hasta que parta del monasterio al servicio de Fernán Ramírez, tercer hijo del conde de Huete. De la mano de Fernán, Esteban conocerá la corte, al esforzado Rodrigo Díaz, a la bella Jimena (de la que se enamorará perdidamente), a la libidinosa Elvira, a la oscura Urraca, al astuto Fernando y al feroz Sancho, pero el asesino de su señor lo obligará a huir, pues teme ser acusado del crimen. Sin embargo, su vida andariega durará más bien poco, pues, tras sufrir el ataque de extrañas criaturas, será apresado por el señor de

5. Curiosamente, en *¡Mío Cid!*, Luis Orejudo reescribe la primera parte del *Poema de Mío Cid* como en clave de un destierro galáctico.

6. La obra de Rafael Marín fue galardonada con el Premio Ignotus y fue finalista del Premio Minotauro.

Medinaceli, que pretende apoderarse de sus conocimientos mágicos. Esteban resistirá las torturas hasta que el brazo victorioso de Rodrigo Díaz lo libere del cautiverio. Así es como Esteban pasará a formar parte de las huestes cidianas como juglar y sanador de modo intermitente. La magia le facilitará la vida o se la complicará, hasta que descubra que, hijo de santos y diablos, cada vez que usa sus poderes, unos y otros le siguen la pista para matarlo. Pero justo cuando lleva tiempo habiendo apartado la magia de su vida, es requerido por doña Jimena para acudir a Valencia: Rodrigo ha muerto, y ella no está dispuesta a consentir que los almorávides conquisten la ciudad.

Los acontecimientos históricos relatados o enumerados son muchos⁷: la muerte de Fernando I; el reparto del imperio entre García, Sancho, Fernando, Elvira y Urraca; las luchas entre Sancho II de Castilla y sus dos primos, los reyes de Navarra y Aragón; las pugnas por el poder entre García, Sancho y Alfonso, desencadenadas tras la muerte de la reina Sancha; la victoria de Sancho en Golpejera; la muerte del rey Sancho durante el cerco de Zamora en el año 1072; la coronación de Fernando y la conquista de Toledo; la posterior derrota de éste en Sagrajas; la victoria del Cid sobre el campeón de Medinaceli y Sancho Garcés de Navarra; las desavenencias entre Alfonso y el Cid; las rivalidades entre Rodrigo Díaz y García Ordóñez; la muerte de Diego en la batalla de Consuegra; la campaña del Campeador que culminaría con la conquista de Valencia y el asedio almorávide.

Sin embargo, este fondo histórico se alinea con la leyenda y la literatura: el Minaya Alvar Fañez que encontramos está más cercano al de la tradición que al leal vasallo de Alfonso VI que nos ilustra la Historia; fiel también a la tradición, el Cid de la novela deja a sus tres hijos en el monasterio de San Pedro de Cardeña, (aunque al abad se le da su nombre histórico); Martín Antolínez, Minaya y Esteban de Sopenetrán perpetrarán el engaño de las arcas de arena con los judíos Raquel e Vidas (presentados, por cierto, como matrimonio); la genealogía del Cid también es la legendaria: «Ya sabes lo que se dice del agua pasada, mi rey. Puede que yo descienda de Lain Calvo, que fue juez de Castilla, pero mi padre no me legó más que su espada y un puñado de molinos que hacen de mí objeto de chanzas» (54)⁸; don Alfonso tendrá que jurar en Santa Gadea que no ha tenido nada que ver en la muerte de su hermano; y se narra, como en el *Poema de Mío Cid*, sólo uno de los dos destierros sufridos por el Cid, el correspondiente a 1081.

7. Para la diferenciación entre historia, leyenda, sigo las obras de Gonzalo Martínez Diez y Francisco Javier Peña Pérez anotadas en la bibliografía.

8. Todas las referencias a la novela pertenecen a la edición señalada en la bibliografía.

Estos tres planos (que conviven en la mayor parte de novelas históricas), el ficticio (con la vida de Esteban de Sopedrán), el histórico (datos de la historiografía oficial) y el legendario-literario (la tradición cidiada) van a convivir con un cuarto, el de lo maravilloso sobrenatural, que no sólo va a estar presente en cada uno de los acontecimientos de la Historia, sino que va a definir incluso a los propios protagonistas de la Edad Media. La magia impregna el devenir histórico, hasta el punto de lo que lo maravilloso forma parte de lo cotidiano: Urraca y doña Aurovita saben de magias, y la primera se retorcerá cuando Sancho II decida prender fuego al *Libro de las cosas que conocen los muertos*; los cortesanos de Zaragoza se verán eclipsados por los encantos y encantamientos de la judía Jael Nur; los musulmanes buscan la magia cristiana; Jimena, haciendo honor a su origen norteño, es capaz de conjurar a la Santa Compañía y evitar que Esteban pase a integrarla. Y en medio de un mundo mágico en continúa guerra, el Cid se yergue como la mano de Dios, el hombre elegido para decantar la eterna batalla entre las fuerzas del bien y del mal. Se narra la muerte de Sancho II a manos de Bellido Dolfos, sí, pero encontramos que Bellido Dolfos es un hombre lobo:

La sombra oscura que había sido Bellido Dolfos rugió en la oscuridad. Atisbé entre los cañizos sus ojos encendidos, como dos puñales al rojo, y la hechura alargada de su hocico y el blanco amarillento de sus colmillos. No sé si me reconoció, si conservaba algún recuerdo de que era un ser humano cuando no se convertía en la bestia que ahora se descubría ante mis ojos, eso que los niños temen en sus pesadillas y las viejas ante la lumbre mientras esperan la muerte: un lobisome (140).

Consumada la traición y muerto el rey Sancho II, Bellido intentará entrar en Zamora, pero hallará las puertas cerradas (el traidor será traicionado), y desde sus murallas doña Urraca contemplará cómo el Cid da muerte al lobisome, cuya cabeza guardará hasta el día de la Jura de Santa Gadea. Reunidos en la iglesia a instancias de Alfonso, el Cid la lanzará a la pila de agua bendita, donde se deshará, justo antes de introducir allí la mano del rey:

— Jura, don Alfonso, que no tuviste parte alguna en la muerte de tu hermano.

Introdujo a la fuerza la mano del rey en la pila. Alfonso no pudo resistir su pulso. Se dejó hacer, cerró los ojos.

— ¡Lo juro ante Dios! ¡Lo juro! —gritó el monarca entre dientes. Mio Cid soltó la mano real y ésta salió de la pila tal como había

entrado, mano de hombre y de rey, limpia de cualquier acusación de brujería y pecado (148).

La novela de Rafael Marín entronca con la tradición narrativa histórica anterior, que presenta al Cid como a un hombre tocado por la divinidad, tal y como lo describe el propio Minaya: «—No —rió mi amigo—, Rodrigo es todo lo contrario a un mago. En cierto modo, su misión es la de enfrentarse a la magia. Es a la vez brazo de Sancho y brazo de Dios, aunque a veces su majestad crea que son la misma cosa. Un hombre con una misión» (97), y recupera, aún transformándola, la presencia tradicional de lo maravilloso sobrenatural que la narrativa histórica ha ido dejando de lado desde el siglo XIX. De este modo, la aparición de Santiago, a lomos de su corcel y con la espada en la mano, ayudando a las tropas cristianas frente a Búcar, tiene su paralelo en el peregrino que le salvará la vida a Esteban en distintas ocasiones. Como Santiago (con quien el juglar lo confunde), el peregrino monta un caballo «tan blanco que era inapropiado aplicar el mismo olor a los cinco jinetes que ya se me acercaban, brillante como la cima de las montañas en invierno, un destello de algodón con ribetes de plata», y «cuando su mano izquierda soltó las riendas de su montura brilló a la luz una espada de fuego» (277).

Del mismo modo, si el Cid ayudó, ante la repugnancia de su hueste, a un leproso y compartió el lecho con él, ignorando que estaba ante San Lorenzo, el Rodrigo Díaz de *Juglar* salvará la vida a un leproso caído en el río. Aunque el leproso esta vez es el propio Esteban de Sopenetrán y el Cid no sólo lo salva de perecer ahogado, sino que, como el inesías bíblico, es incluso capaz de repeler la miseria física sólo con el tacto, curando al juglar:

Después de tantos años de dolor, pese a mi deserción, Mío Cid me había curado. El avatar, lo había llamado Jael Nur. Un hombre a quien yo había traicionado y que sin embargo, ahora, me devolvía a la vida, tal era la diferencia entre un truhán de mi calibre y una mano de Dios como Rodrigo Díaz. Durante los años de mi infortunio yo había deseado saber de magias que pudieran sanarme, cuando sólo me había hecho falta la sencilla pureza de un milagro (272-273).

Esteban de Sopenetrán tendrá la oportunidad de agradecerle el favor cuando la herida que el Cid recibió en Albarracín, nunca bien curada, se lleve al héroe. Jimena no está dispuesta a consentir que Valencia caiga frente al avance almorávide, y recurrirá a Esteban de Sopenetrán para que le devuelva al Cid al mundo de los vivos. Rodrigo Díaz vencerá su última

batalla después de muerto, pero no atado a su caballo y con una flecha clavada en el corazón, sino vivo gracias a la magia. Enlaza así de nuevo lo sobrenatural con lo legendario:

Mio Cid, o aquella criatura que antes había sido mi caballero, hizo un gesto que, estando vivo, habría sido el equivalente a su suspiro. Echó a andar despacio, como si el peso de su refuerzo de hierro y cuero fuera muchísimo mayor de lo que le había sido en vida, y se encaminó al caserío y bajó los peldaños y se sentó con hartazgo en el túmulo de mármol donde antes había reposado. Me miró. Una luz familiar ardió un momento en sus ojos negrísimos, y me hizo un gesto con la cabeza, y asentí. Extendí una mano y borré de su frente el tacto invisible de mi mano, y en el pomo de la Tizona ardió el mechón de pelo. Mio Cid se recostó, cumplida su tarea, y en el rictus de su muerte afloró lo que interpreté como una sonrisa. Tracé un nuevo conjuro en su cadáver, para que nadie mas pudiera volver a despertarlo ni se atreviera a mesar su barba.

Valencia estaba salvada, al menos por un momento, hasta que los ejércitos del emperador Alfonso pudieran socorrer a la ciudad. Rodrigo había cumplido su parte, y había vencido a sus enemigos después de muerto (284).

La alianza entre lo histórico y lo sobrenatural en los textos medievales sobre Rodrigo Díaz resulta en cierto modo inasimilable por la novela histórica, que al dar noticia del héroe castellano, lo hace siguiendo más o menos las visiones históricas disponibles, dejando a un lado los episodios maravillosos tradicionales, si bien ensalzando su naturaleza providencial, de la que signos y augurios son testimonio. Sin embargo, la novela contemporánea de tema medieval ha dado lugar a híbridos, con elementos de fantasía, en los que la figura cidiana va a retomar parte de su legado tradicional. Aunque el lector que acuda a *Juglar* (2006) pueda considerar que la exposición de datos históricos queda traicionada por el trasfondo mágico y sobrenatural que subyace en las vivencias de Esteban de Sopenetrán y de Rodrigo Díaz, no sería demasiado arriesgado aventurar que la novela ofrece una imagen del Cid Rodrigo más próxima a la que el lector medieval tuvo del héroe. La obra de Rafael Marín no sólo continúa la visión tradicional ofrecida por la novela histórica desde el siglo XIX hasta la actualidad (el Cid como elegido de Dios, el héroe con una misión que cumplir), sino que además recupera una tradición medieval de apariciones sobrenaturales (Santiago, San Lázaro) que la novela histórica había marginado.

Bibliografía

- Carnero, Guillermo (1973), «Apariciones, delirios, coincidencias. Actitudes ante lo maravilloso en la novela histórica española del segundo tercio del XIX», *ínsula*, 318, pp. 1, 14-15.
- De Cosca Vayo, Estanislao (1831), *La conquista de Valencia por el Cid*, Valencia, Imprenta de Mompí.
- Fernández y González, Manuel (1975), *El Cid Campeador*, Madrid, Tebas. La 1ª ed. es de 1875.
- Fernández y González, Manuel (1961), *La jura de Santa Gadea*, Madrid, Colección Popular Literaria. La 1ª ed. es de 1377.
- Ferreras, Juan Ignacio (1976), *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica. 1830-1870*, Madrid, Taurus.
- Lasala, Magdalena (2006), *Doña Jimena*, Madrid, Temas de Hoy.
- Llosa Sanz, Álvaro (2006), «Presencia y función de los magos en la novela histórica romántica», *Hipertexto*, 4, pp. 113-128.
- Malo de Molina, Manuel (1857), *Rodrigo el Campeador*, Madrid, Imprenta Nacional.
- Marín, Rafael (2006), *Juglar*, Barcelona, Minotauro.
- Martínez Diez, Gonzalo (1999), *El Cid histórico*, Barcelona, Planeta.
- Martínez Rico, Eduardo (2008), *Cid Campeador*, Madrid, Imágica.
- Muntada, Eduardo Luis (1962), *El Cid*, Barcelona, Miguel Arimany.
- Olaizola, José Luis (1989), *El Cid, el último héroe*, Barcelona, Planeta.
- Orejudo, Antonio, Luisgé Martín y Rafael Reig, *¡Mío Cid!*, Madrid, 451 Ediciones.
- Ortega y Frías, Ramón (1874), *El Cid Campeador*, Madrid, Imprenta de la Galería Literaria.
- Peña Pérez, F. Javier (2000), *El Cid. Historia, leyenda y mito*, Burgos, Dossos.
- Quiñonero, Juan Pedro (2005), *El caballero, la muñeca y el tesoro*, Barcelona, Altera.
- Trueba y la Quintana, Antonio de (1852), *El Cid Campeador*, Madrid, Imprenta de don José María Marés. La 1ª ed. es de 1851.
- Trueba y la Quintana, Antonio de (1859), *Las hijas del Cid*, Madrid, Miguel Prats.